

Carlos Keller R.

Sesenta años de historia chilena

LAS MEMORIAS DE DON ABDÓN CIFUENTES

«Durante toda mi vida serví con invariable disciplina al partido político (se refiere al conservador, cuyo programa se identifica, a mi entender, con el bien y la grandeza de mi patria... Fundé grandes diarios e innumerables periódicos para la defensa y la propaganda de nuestras ideas... Por eso, al terminar estas memorias, escritas para mis hijos, me halaga la esperanza de que en ellas encuentren la mejor herencia que puedo dejarles: la del ideal que siempre guió mis pasos e inspiró mis acciones; en cuyo servicio no mezclé jamás ningún interés humano y cuyo triunfo procuré con todas las fuerzas de mi alma».

Con estas palabras, don Abdón Cifuentes termina sus «Memorias» (Editorial Nascimento, Santiago.—Dos tomos).

Su autor nació en 1836 y falleció en 1928, y su participación en la vida nacional comprende el período desde 1857 hasta 1918. Inició la redacción de sus memorias en 1910, para terminarla en 1918, año en que se retiró de las actividades públicas.

Fué don Abdón Cifuentes uno de aquellos que se opusieron en 1857 y 1859 a la tendencia «regalista» del partido conservador, que motivó la separación de los montt-varistas. Para él, el partido debía ser esencialmente católico y servir primordialmente los intereses de la Iglesia. Toda su vida estuvo con-

sagrada a esta causa, y no exagera don Abdón al sostener que no le mezcló «jamás ningún interés humano».

Dada la influencia preponderante que le correspondió en la génesis del actual partido conservador, puede considerársele, pues, como uno de los principales autores de la mezcolanza de la política y la religión, que él propició deliberadamente, con la intención de prestar un servicio a la Iglesia.

La experiencia de su larga vida se encuentra en los dos volúmenes de sus «Memorias», y nos parece interesante destacar los hechos más importantes en que participó don Abdón y los juicios que pronuncia sobre hechos y personas. Consideramos con don Alberto Edwards que «apenas puede concebirse un documento histórico más interesante».

SU VIDA.

Don Abdón Cifuentes nació en San Felipe, en 1836. Su padre se casó tres veces y tuvo treinta hijos.

Don Abdón hizo sus primeros estudios en su ciudad natal, para ingresar después, en 1849, al Instituto Nacional.

En 1854 fué nombrado profesor de historia en el Colegio de San Luis, demostrando especial interés por este estudio, siendo su propósito el de dedicarse a investigar la historia patria. Al mismo tiempo, hacía clases en una escuela primaria para niños pobres.

En 1862 fué nombrado profesor del Instituto Nacional, después de haberse recibido de abogado un año antes.

En 1863 fundó la «Sociedad Literaria» en San Felipe, fin de divulgar los estudios y las luces en su pueblo natal.

Por aquel tiempo, se iniciaron las luchas llamadas teológicas, que llegaron a preocupar primordialmente la opinión pública, y viendo amenazada la situación de la Iglesia, don Abdón se vió impulsado a participar en su defensa.

«Le ofrecí a Dios el sacrificio de mi carrera profesional

y de mis gustos literarios», anota en sus «Memorias». A pesar de que «Dios le había dado cabeza de hombre y corazón de mujer», se vió arrastrado a la arena política, y se transformó en luchador, abandonando casi totalmente otras preocupaciones. Luego nos ocuparemos de esas actividades.

En 1867 ingresó al Congreso Nacional, en calidad de diputado conservador. El mismo año fué nombrado Oficial Mayor (Subsecretario) del Ministerio de Relaciones Exteriores, cargo que ocupó hasta 1873.

En los años de 1869 a 1871 efectuó un viaje a Europa, acompañando al Arzobispo y dos Obispos que concurrieron al Concilio Vaticano. Recorrió a Francia, Italia, España, Bélgica, Alemania, Inglaterra y se dirigió en seguida a Estados Unidos, desde donde regresó al país. Siete capítulos del primer tomo de sus «Memorias» están dedicados a describir sus viajes, incluyendo numerosas observaciones del más alto interés. Especialmente interesante fué para él su estada en Estados Unidos, cuyas instituciones y espíritu nacional procuró introducir más tarde en nuestro país.

Un rasgo característico para la modestia y el patriotismo de don Abdón es que no se presentó en Europa como Subsecretario, sino que llevó un nombramiento de simple adicto a una legación. ¿«Qué idea se formarían en Europa —escribe— de mi país al ver mi triste figura, si me presento como Subsecretario de Relaciones Exteriores? Dirán que Chile es un país de lili-putienses, o tan ruin como el Subsecretario. El mundo se paga mucho de las apariencias».

De regreso, dió dos conferencias en Santiago, una sobre «Los paganos modernos» y otra sobre «La mortalidad de Santiago».

En 1871 fué designado Ministro de Relaciones, Culto e Instrucción por don Federico Errázuriz, cargo a que renunció en 1873.

En los años siguientes, participó desde el Congreso y como

periodista y orador en las luchas teológicas. Durante la revolución del 91, fué perseguido por el Gobierno de Balmaceda, teniendo que ocultarse.

En 1892 fué elegido senador, ocupando este mismo cargo durante varios períodos hasta 1912, cuando fué designado Consejero de Estado.

En 1918 se retiró de las actividades públicas, y falleció en 1928.

DON MANUEL MONTT

El primer acontecimiento político a que se refieren las «Memorias» es el famoso «conflicto del sacristán» producido durante el Gobierno de don Manuel Montt en 1857.

Como se sabe, el Arzobispo de Santiago, don R. Valentín Valdivieso, sancionó a dos canónigos que no querían obedecer sus órdenes. Los canónigos presentaron un recurso de fuerza ante la Corte Suprema, la que condenó al Arzobispo.

«El Gobierno de don Manuel Montt, regalista empecinado y padrino de los sacerdotes rebeldes que eran muy gobiernistas —escribe don Abdón—entabló con el Arzobispo una larga controversia que no condujo a nada, y el Arzobispo comenzó a hacer sus maletas para tomar el camino al destierro. El señor Montt había sido llevado a la Presidencia por el partido conservador, cuya principal característica era su acendrado catolicismo y que recibió entonces un rudo golpe con esta medida atentatoria de los derechos espirituales de la Iglesia, lo que acarrecó al Gobierno la enemistad de los creyentes... Desde entonces comenzó a germinar en el partido conservador una sorda oposición al Gobierno... Aunque yo vivía muy alejado de la política por mi edad y mis abrumadores estudios, estaba cansado de oír que el Presidente Montt era un tirano ayudado por su «alter ego», don Antonio Varas, ... a quien había oído pintar con los más negros colores».

«Esta intromisión del Estado en el dominio espiritual

de la Iglesia—agrega—digna sólo de los emperadores paganos, de los Césares alemanes o de los peores tiempos del protestantismo, me parecía tan enorme, tan absurda y sobre todo tan dañina para el bien público, que no la podía tolerar».

He ahí, pues, la causa principal que indujo a don Abdón Cifuentes a participar en la política nacional. Juzgando a don Manuel Montt desde un punto de vista netamente religioso, no es capaz de comprenderlo.

Este juicio adverso fué robustecido en nuestro autor por haber presenciado la revolución del 59 en la ciudad de San Felipe, en que toma francamente el partido de los revolucionarios, quejándose de las medidas de represión del Gobierno, que indiscutiblemente tenía el derecho de defenderse.

Por otra parte, cita dos hechos que demuestran el nivel moral del Gobierno de don Manuel Montt. Para realizar la «práctica forense» que se exigía a los estudiantes, don Abdón eligió la persona de don Antonio Varas, de quien dice que «en él encontré siempre algo que aprender, sobre todo en su modesta, austera y ejemplar vida privada».

Posteriormente, en 1863, con motivo de un juicio de imprenta de gran resonancia, en que fué parte, el jurado sorteado se componía de «grandes personajes políticos y todos montt-varistas bien teñidos. No había entre ellos más que uno que me conociese». Se consideraba perdido el señor Cifuentes, pero fué absuelto por unanimidad, lo que debe haberle demostrado la absoluta rectitud de los Gobiernos de aquella época. Hoy en día el Gobierno dispone incondicionalmente de los jurados de carácter político, quienes lo absuelven y condenan a sus adversarios por el sólo hecho de su calidad de tales y sin sujetarse a la justicia.

ORELIE ANTOINE

Los lectores se recordarán de la figura de Orelie Antoine, el famoso aventurero francés que llegó a Chile en 1858, para

internarse en la Araucanía y proclamarse rey de los araucanos.

Sobre esta figura hay juicios contradictorios, considerándolo unos como un loco y otros como un agente de Napoleón III.

En las «Memorias» que estamos comentando se encuentra un interesantísimo comentario al respecto.

«En mayo de 1870—escribe don Abdón Cifuentes—una grave enfermedad me llevó a un hospital hidroterápico que el célebre doctor Fleury tenía a cuatro leguas al oriente de París. Allí se medicinaba también el secretario del Consejo de Estado de Napoleón III. Al saber que yo era chileno, entró luego en relaciones conmigo y me tocó el punto de Orélie, increpando la conducta del Gobierno de Chile para con él. Me discutió con calor que la Araucanía era un país independiente, que Orélie había estado en su perfecto derecho para constituir en ella un reino, que el emperador había estado dispuesto a prestarle su apoyo y se había indignado, cuando supo que las autoridades de Chile le habían encerrado y deportado por loco. Que en el Consejo de Estado se había discutido la necesidad de apoyar las reclamaciones de Orélie y que si se había desistido de ello era por las complicaciones que entonces creaba la expedición a México y la actitud de los Estados Unidos después de su triunfo sobre el sur».

Como se ve, la «aventura» del «loco» Orélie era un acto del más cabal imperialismo napoleónico.

DON JOSE JOAQUIN PEREZ

Don Manuel Montt hizo elegir como su sucesor a don José Joaquín Pérez, después de haber fracasado la tentativa de imponer a don Antonio Varas.

El Congreso de 1861 era montt-varista en su inmensa mayoría. Sin embargo, esta base se mostró poco sólida, y muy pronto el partido conservador adquirió influencia sobre el Gobierno.

Esto explica que don Abdón Cifuentes se pronuncie muy favorablemente sobre el nuevo Presidente. Lo considera «uno de los Presidentes más hábiles y prudentes que hemos tenido...».

De este tiempo proviene una profunda enemistad de don Abdón Cifuentes con don Diego Barros Arana. Sabido es que don Diego tenía un carácter difícil y que le gustaba la intriga y el chisme. «Descubrió luego un defecto tan censurable, como indiscreto—anota don Abdón.—Conversaba con un profesor y le hablaba mal de otro; conversaba después con éste y le hacía la caricatura del primero». Luego veremos las consecuencias de esta enemistad.

Cuando en 1863 España envió una armada al Pacífico, para hacer presión sobre el Perú, don Abdón Cifuentes insistió ante el Presidente Pérez en que era imprescindible adquirir dos blindados, a fin de proteger al país contra cualquiera contingencia bélica. Don José Joaquín desestimó la posibilidad de una guerra y alegó la escasez de fondos del Estado para proceder a tales adquisiciones. Entonces, el conocido dirigente conservador, don Manuel José Irarrázabal, ofreció reunir entre sus amigos la suma de dos millones de pesos para costear esos buques. Sin embargo, el Presidente rechazó tal ofrecimiento.

Junto con el peligro español se presentó el peruano, país que no obstante la ayuda recibida por nosotros en la guerra con España, se mostraba francamente contrario al nuestro. Don Abdón Cifuentes, haciendo hincapié en la superioridad naval peruana, anota: «Nosotros no teníamos más naves que las corbetas «Esmeralda» y «Covadonga»; y el Perú tenía la fragata blindada «Independencia», el monitor «Huáscar» y dos magníficas corbetas, «La América» y «La Unión», elementos nuevos que habían venido a engrosar su escuadra después de la retirada de las naves españolas».

Chile había mandado construir entretanto dos corbetas, la «O'Higgins» y la «Chacabuco», pero el Perú hizo diligencias

ante el Gobierno británico para que no se hiciera entrega de ellas, lo que evidenció la animosidad del Perú en contra de nosotros.

Cuando el brigadier Mendo Méndez Núñez amenazó con el bombardeo de Valparaíso, nuestro vicealmirante, don Manuel Blanco le propuso que se batiesen fuerzas iguales de España y de Chile a corta distancia de Valparaíso, sirviendo de jueces del combate los jefes superiores de las naves de Estados Unidos surtas en la bahía. Si los españoles eran vencidos, se acabaría la guerra; y si salían vencedores bombardearían a Valparaíso y la guerra continuaría. «Eso era batirse en buena lid—comenta don Abdón Cifuentes—; ello hacía revivir los tiempos de los Horacios y Curiacios y los tiempos verdaderamente hidalgos y caballerescos». El brigadier español rechazó la proposición y procedió al bombardeo de Valparaíso, causando un daño material de ocho millones de pesos, que se habrían podido evitar con la inversión de dos millones en la compra de dos blindados.

Una reforma constitucional que se discutía en el Congreso durante el Gobierno de don José Joaquín Prieto fué combatida por el gabinete conservador que llegó al poder. Chile «no quería jugar a las constituciones», como las demás repúblicas ibero-americanas, sostiene el señor Cifuentes, y cita declaraciones que le hizo al respecto el Presidente: «Yo creo que se puede gobernar este país y asegurarle todas las libertades compatibles con el orden y la justicia sin necesidad de reformar la Constitución—le dijo—. Ya ve Ud. que yo he gobernado en paz, sin pedir facultades extraordinarias y dejando al pueblo toda la libertad para reunirse y hablar y escribir lo que se les ocurra. ¿No ve Ud. cómo me caricaturan y ridiculizan? Déjelos que se desahoguen y se rían. Yo soy el que más me divierto con eso». Hoy los Presidentes piden facultades extraordinarias y no permiten a la gente que se ría.

EL PARTIDO CONSERVADOR

Junto con volver al Gobierno durante el Gobierno de Pérez, los conservadores emprendieron una gran ofensiva ideológica. Su exclusión del mando en los últimos años de don Manuel Montt les había demostrado que corrían peligro y que era preciso robustecer su posición, a fin de conservarla.

La ofensiva estaba inspirada en la doctrina católica. El partido conservador se presentó ante la opinión pública como «el partido católico». El propulsor de esta orientación fué precisamente don Abdón Cifuentes, y sus antecedentes personales revelan que se trataba de una ofensiva emprendida de buena fe.

Muy a menudo, y extensamente, el señor Cifuentes explica las razones y el objetivo de esta orientación.

«Cuando la política deja de mezclarse con la religión— escribe— dejará ésta de procurar la salvación propia y de la sociedad por medio de sus santas enseñanzas. Ese día no llegará. La política dejará de mezclarse con la religión, cuando toda la religión acabe, cuando acabe toda la verdad relativa al hombre y a la sociedad, es decir, cuando acabe la humanidad».

Don Abdón Cifuentes era de opinión que los católicos tenían el deber de participar activamente, en calidad de tales, en la política, a fin de imponerle al Estado y a la sociedad los principios católicos. Para lograrlo, le parecía indispensable formar instituciones católicas, preparar dirigentes católicos y llevar la acción católica a todas las esferas de la sociedad y política. Esta tarea debía ser realizada en primer lugar, por el partido conservador, cuya causa se identifica para nuestro autor con la de la Iglesia y de la patria.

La realización de este objetivo puede considerarse como la finalidad de la vida del señor Cifuentes. A ella le dedicó sus

mejores esfuerzos, llevando su espíritu de sacrificio a extremos difíciles de concebir dentro de los partidos políticos actuales.

Desde luego, en aquellos tiempos los conservadores no perseguían fines lucrativos con la política. Según «las austeras tradiciones de los antiguos conservadores—escribe don Abdón Cifuentes—éstos trataban siempre de ahorrar al Fisco todo gasto posible y de mirar como cosa sagrada los dineros públicos», motivo por el cual gran parte de los funcionarios no cobraban sus sueldos, y todos los cargos políticos (intendentes, gobernadores, consejeros de Estado, parlamentarios, etc.) no percibían renta alguna.

Desde 1843 se publicaba en el país la «Revista Católica». Era el único órgano católico que había. Con motivo de la ofensiva ideológica a que hemos hecho alusión, se publicó en 1863 «El Bien Público», bisemanario político-religioso. Al año siguiente, y con el fin de defender al Gabinete conservador, don Abdón Cifuentes logró reunir los fondos necesarios para publicar un gran diario, «El Independiente», de la misma tendencia.

En 1865 el señor Cifuentes organizó una institución católica, la «Sociedad de Amigos del País». El Arzobispo, señor Valdivieso, consultado por el dirigente conservador sobre la conveniencia de constituir abiertamente un partido católico, se opuso y le insinuó la formación de aquella sociedad, destinada a defender los intereses católicos. Ella tomó muy luego un gran incremento y se extendió sobre todo el país. Estaba organizada en decurias, constituídas por los dirigentes católicos de cada barrio o pueblo y disponía de la revista «La Estrella de Chile», publicada desde 1867. Su finalidad consistía en hacer participar a los católicos en la vida política, defendiendo la religión y haciendo primar los principios cristianos.

Fué en aquellos años cuando se inició la mezcolanza de la política y la religión en nuestro país.

DON FEDERICO ERRAZURIZ

Durante el Gobierno de don José Joaquín Prieto (1861-71) el partido conservador logró mantener su influencia, y su sucesor, don Federico Errázuriz, fué elegido a pesar de la oposición de los montt-varistas. Fué principalmente la «Sociedad de Amigos del País» la que envió emisarios a todas las regiones del país, para preparar la elección.

Sin embargo, don Abdón Cifuentes tenía sus fuertes dudas acerca de la lealtad del señor Errázuriz. Era éste miembro de la Sociedad de Amigos y llegó al poder comprometido con los conservadores. Fué incluso más allá: le ofreció al propio señor Cifuentes el Ministerio de Relaciones, Culto e Instrucción Pública, quien aceptó el ofrecimiento.

Pero desde el primer día hubo resistencias contra los conservadores.

El hecho de haber recalcado la nota religiosa en la política, produjo reacciones. «Cuando se nos contradecía—escribe don Abdón Cifuentes— se hacía con apodos que se creía denigrantes: «la prensa clerical»; «el diario ultra-montano»; «la prensa de sacristía». Y esto era lo más suave, que con frecuencia se nos regalaba con el vocabulario jacobino: los tartufos, la clérigalla, los discípulos de Torquemada, los nuevos inquisidores y otras lindezas por el mismo estilo».

Esta reacción no tardó en hacerse sentir en la Moneda. Don Abdón Cifuentes había aceptado el Ministerio bajo la promesa del Presidente de derogar el monopolio de exámenes establecido por el Estado. Cuando se trató de conceder una mayor libertad en este sentido a los colegios congregacionistas, el señor Errázuriz presentó dificultades. También hubo resistencias para nombrar a miembros de la «Sociedad de Amigos del País» para cargos públicos.

El señor Cifuentes se desentendió de estas resistencias, esperando una mejor oportunidad para imponerse.

Desde luego, presentó dos proyectos de leyes que fueron aprobados: uno que creó el Ministerio de Relaciones Exteriores (cuya necesidad él mismo había podido constatar, en su calidad de Subsecretario) y otro que autorizaba la compra de dos blindados. Esta última medida nos dió más tarde el triunfo en la Guerra del Pacífico.

Otras medidas que son dignas de mención y que se deben a don Abdón Cifuentes fueron la construcción de los hospitales de El Salvador y San Vicente de Paul (con fondos erogados por particulares) y la construcción y organización de archivos en los tribunales que aseguraran los documentos contra incendio, terremotos y robos.

Finalmente, consiguió, no sin alguna pillería del señor Errázuriz para con los liberales y radicales, modificar el régimen de exámenes, suprimiendo los que anualmente se hacían ante comisiones fiscales. Sobre sus reformas educacionales informaremos en párrafo aparte.

No contento con este triunfo, don Abdón Cifuentes consiguió la destitución de don Diego Barros Arana del cargo de rector del Instituto Nacional. ¡Pero aquí ardió Troya! La ofensiva católica había producido tantas resistencias, que los liberales y radicales iniciaron una contraofensiva, induciendo a los alumnos y obreros a proceder al asalto de la casa de don Abdón, y como el dirigente conservador disponía de antecedentes que lo autorizaban para sostener la complicidad del propio Presidente de la República en este atentado, renunció en 1873 al Ministerio.

Los conservadores pasaron a la oposición.

Desde entonces, el señor Cifuentes le tuvo muy mala voluntad al señor Errázuriz, agravándose sus relaciones cuando el Presidente le arrebató, con los fraudes electorales usuales de

la época, sobre los que haremos un paréntesis, el triunfo electoral de diputado obtenido en 1876 en Aconcagua.

He aquí el juicio que le mereció al señor Cifuentes don Federico Errázuriz:

«Educado en el Seminario de Santiago y en el seno de una familia muy piadosa, tenía sin duda principios cristianos y hábitos de piedad... Pero sin duda también que estos sentimientos debieron debilitarse mucho con su trato frecuente e íntimo con liberales descreídos. No se explican de otra manera el odio y desprecio que manifiesta, en su «Memoria histórica sobre la Constitución del año 28», contra los «pelucones», fundadores del partido conservador, que era el partido de los creyentes, y su entusiasmo por los pipiolos, donde abundan los descreídos o picados de volterianos. Por otra parte, ¿cómo se explica que reservase sus creencias y sus sentimientos religiosos para la vida privada y los hostilizase en la vida pública, rodeándose en el Gobierno sólo de Ministros y colaboradores liberales descreídos, elevando al Gobierno a radicales, enemigos declarados de los principios católicos y al fin dejando las influencias irresistibles del poder público en manos de un descreído tan acabado como el señor Pinto?... ¿No calculaba que estando la enseñanza de toda la nación en esas manos, el país podría llegar a ser no sólo anticatólico, sino anticristiano, como está sucediendo?... El señor Errázuriz sólo se preocupaba de sus intereses políticos. Se llamó conservador y hasta quiso calificarse de clerical...; sin embargo, tengo para mí que en el fondo fué siempre liberal de la escuela pipiola». Y cita don Abdón Cifuentes a continuación el juicio que sobre el Presidente pronunció una dama chilena, doña Rosario Reyes, quien dijo que tenía «más olor a azufre que a incienso».

Luego agrega: «Era don Federico bastante inteligente; pero sea por falta de estudios o porque se hubiese consagrado a los negocios, nunca le conocí ningún ideal levantado, político o social; nunca pude notar en él convicciones verdaderas sobre

ninguna de las grandes cuestiones sociales que agitan a los pueblos modernos, y ni siquiera sobre los problemas caseros que agitaban a nuestro país... Habilísimo en la pequeña intriga, colmó sus ambiciones de mando echando a la espalda los escrúpulos... Los liberales lo tienen como uno de sus más grandes hombres, flor y nata del liberalismo. Sin duda, del falso liberalismo que entona con los labios las más variadas canciones a la libertad, pero que en los hechos no hay libertad que no amague, combata o ultime. Se ha hecho mucho juego con las declaraciones solemnes que en favor de las libertades públicas hizo el señor Errázuriz, en sus dos primeros Mensajes que leyó en las sesiones de apertura del Congreso Nacional en los años 1872 y 1873..., pero conviene saber que estas frases no eran suyas, sino de su Ministro de Instrucción», o sea, de don Abdón Cifuentes.

DON ANIBAL PINTO

«Como nuestros presidentes eran entonces dueños de las elecciones—relata el señor Cifuentes,—ellos nombraban a sus sucesores, y Errázuriz se dió el lujo, nombró a Pinto, sin duda, porque, educado en la escuela volteriana de su padre, era un incrédulo perfecto. Benjamín Vicuña Mackenna, que tenía más imaginación y menos sentido práctico, se dió la fantasía de disputarle la Presidencia. Creyó que agitando la opinión con discursos, es decir, con luces de Bengala, podría tomarse la fortaleza inexpugnable del Gobierno... Hubo derroche de elocuencia, pero esos voladores oratorios apenas despertaban la sonrisa de los gobiernistas. Pinto fué elegido sin remedio».

Las condiciones del nuevo Presidente y la lucha de los liberales contra los conservadores indujeron a éstos a intensificar la propaganda católica, organizando don Abdón Cifuentes un círculo de «Colaboradores de la Prensa», destinado a formar

escritores conservadores que cooperaran principalmente en la prensa católica de provincias.

En esta época ya se manifestaba una franca decadencia del Estado portaliano. Se inició la penetración capitalista, como consecuencia de la cual—citaremos al señor Cifuentes— «la tradicional pureza en la administración de los caudales públicos estaba sufriendo grandes quebrantos con las constantes defraudaciones de las tesorerías fiscales; el desprestigio del Gobierno era grande; nuestra antigua prosperidad se había evaporado (por la crisis económica de aquellos años), y el país había sido conducido por el liberalismo imperante, a la pobreza y al descrédito. El descontento público tuvo por aquellos días en Santiago manifestaciones populares subversivas que la fuerza pública apenas logró sofocar a medias».

En 1878 se inició el conflicto con Bolivia que condujo a la Guerra del Pacífico, la que paralizó todas las actividades políticas.

Poco antes se había presentado por el Gobierno un proyecto de ley que declaraba todos los cementerios del país propiedad del Estado, con cuyo motivo las cuestiones teológicas entraron en el primer plano de las preocupaciones de la opinión pública, culminando estas discusiones en el período de don Domingo Santa María.

Resumiendo su juicio sobre don Aníbal Pinto, dice el señor Cifuentes que «era por naturaleza caballeroso, pacífico y nada batallador; mas, por debilidad de su carácter dejaba hacer a los suyos, y más que dirigirlos, era dirigido por ellos».

DON DOMINGO SANTA MARIA

En las elecciones del sucesor de don Aníbal Pinto se abstuvo de participar el partido conservador. El Congreso elegido fué también de «una pieza», y los conservadores no tenían ningún representante en él.

Uno de los problemas que tuvo que enfrentar el Gobierno, era la designación de Arzobispo de Santiago. En 1878 había fallecido el señor Valdivieso, y el Gobierno de Aníbal Pinto patrocinó como su sucesor al prebendado don Francisco de Paula Taforó. Los conservadores protestaron, y el clero tampoco lo aceptaba. El cargo quedó vacante durante varios años, hasta que finalmente la Santa Sede envió a Chile a Monseñor Celestino del Fratte, en 1882. El Gobierno de Santa María lo colmó de atenciones, a fin de inducirlo a aceptar el candidato oficial, pero cuando se enteró de que no lograba su objetivo, le entregó sus pasaportes. Quedaron rotas las relaciones con la Santa Sede.

En esta época don Abdón Cifuentes organizó la «Unión Católica», institución destinada a defender la causa de la Iglesia en forma similar como antes lo había hecho la «Sociedad de Amigos del País» y copiada de un modelo similar de Alemania. Ella fué fundada en 1883.

El Gobierno inició la lucha contra la religión en forma enérgica y decidida. En 1883 promulgó la ley de cementerios y al año siguiente la del matrimonio civil. Al mismo tiempo se estableció el registro civil.

Indiscutiblemente, estas leyes produjeron grandes perjuicios, pues el pueblo no las comprendía, y muy pronto se pudieron constatar grandes abusos, especialmente en la constitución de los matrimonios. Además, las estadísticas demuestran que gran parte de los nacimientos no eran registrados. En vez de buscar una solución de armonía, que se basara en las costumbres del país, que era católico en su inmensa mayoría, se buscó la solución en la lucha contra la Iglesia, con graves daños para el bien espiritual, moral y social.

En contra de tales medidas, la Unión Católica inició una gran campaña doctrinaria. Desde luego, se fundaron nuevos diarios conservadores, entre los cuales cabe mencionar «La Unión» de Valparaíso. Se dió un gran impulso a las instituciones católicas y se fundaron tres liceos católicos en la capital.

Don Abdón Cifuentes resume su labor en las siguientes palabras: «Ella había logrado establecer tres sociedades de piedad para la mejora moral de sus miembros por medio de la oración y frecuencia de sacramentos; dos sociedades de caridad para el socorro de los pobres; una academia artística y dos sociedades literarias; y lo que importaba más, funcionaban en las principales ciudades siete círculos católicos... Antes sólo había en el país diez periódicos (católicos) que apenas vivían; y entonces contábamos veintidós, entre los cuales figuraban seis diarios».

No es preciso reproducir el juicio que el Gobierno del señor Santa María le merece a don Abdón Cifuentes: el Presidente es para él sencillamente un hereje dominado por instintos infernales. Para nuestro autor hay una sola vara con que mide todas las cosas: el catolicismo, como él lo entiende.

DON JOSE MANUEL BALMACEDA

La agitación producida por las medidas anti-católicas del Gobierno del señor Santa María continuó en el de su sucesor, que fué don José Manuel Balmaceda. Se amenazaba con la dictadura. La mayoría de que disponía el Gobierno en el Congreso se demostró sumamente precaria, pues gran parte de los mismos liberales se pasaron a la oposición. Esta vió incrementar sus filas en tal forma que se pudo dedicar a combatir al Gobierno, negándose a concederle las leyes de entradas. Sin embargo, el dominio del señor Santa María era tan preponderante, que la oposición no presentó un candidato que se opusiera al señor José Manuel Balmaceda.

El nuevo Presidente dió una muestra de prudencia que la historia interpreta a su favor, pero que los conservadores de la época no entendieron así. En efecto, el señor Balmaceda logró solucionar satisfactoriamente el problema suscitado con la Santa Sede. Se designó para el cargo de Arzobispo al señor

Mariano Casanova, Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, quien se había negado a participar en las discusiones habidas en los últimos años entre los católicos y el Gobierno, manteniendo siempre una actitud conciliante. Se negó éste incluso a reconocer a la Unión Católica, debido a su beligerancia política y obedeciendo instrucciones recibidas de Roma, en el sentido de mantener buenas relaciones con el Gobierno.

El señor Cifuentes relata esta solución del problema y la determinación de la Santa Sede sin mayores comentarios. En verdad, habría sido del mayor interés destacar que Su Santidad —ya en aquel tiempo— se oponía a la mezcolanza de la religión con la política. Pero parece que el autor de esta política, que fué precisamente don Abdón Cifuentes, ni siquiera se dió por aludido. Para él, consevantismo y catolicismo eran una misma cosa, y a lo sumo veía en la actitud del Arzobispo un síntoma de debilidad, como lo deja traslucir en sus «Memorias».

El partido conservador se presentó como un decidido adversario del señor Balmaceda. Este, primero logró unir otra vez a la familia liberal y procuró atraerse también a los radicales, pero muy pronto se presentaron nuevas desavenencias.

Don Abdón Cifuentes no analiza ni parece darse cuenta de las verdaderas razones de las luchas políticas de aquellos años, que terminaron con la total destrucción del Estado portaliano. Anota lacónicamente que «entre liberales, radicales y montt-varistas debía existir algún espíritu de predominio o de intereses y ambiciones particulares encontradas, o bien había en el carácter del Presidente Balmaceda algunos defectos de carácter».

En verdad, la causa de la revolucíón del 91 debe buscarse principalmente en el auge del capitalismo y la formación de una plutocracia dispuesta a conquistar el Estado para sus fines. Balmaceda, último representante del antiguo Estado, se oponía a ello.

Para el señor Cifuentes, en especial, todo el problema político se limitaba a sus aspectos teológicos.

Describe detalladamente cómo se generó la revolución, en cuya preparación le cupo una participación decisiva. No necesitamos detenernos en detalles. Quien lea la relación del señor Cifuentes con juicio crítico, se formará una opinión favorable para el señor Balmaceda, pues queda de manifiesto que se hacía oposición por mero interés en derrocar al régimen y colocar en su lugar algo que se presentaba como un ideal de «libertades», pero que en la práctica resultó la más completa anarquía. Las críticas que el señor Cifuentes hace a Balmaceda parecen hoy día leguleyas y politiqueras y no pueden convenir, a pesar de la buena fe de nuestro autor.

De acuerdo con la mentalidad del señor Cifuentes no pueden extrañar los juicios que expresa sobre el gran Presidente: «Balmaceda—escribe—aprovechando las riquezas que nos dejaban las salitreras del norte, trataba de deslumbrar al país con grandes construcciones de ferrocarriles, de escuelas modelos, de la canalización del Mapocho, etc., es decir, con progresos materiales; que en cuanto a los morales, esos seguían la turbia corriente que les había impreso Santa María».

Dice de él que era «burlador de las virtudes celestiales» y que, por tal motivo, su caída fué un castigo de Dios; «¡El Galileo había vencido al apóstata!».

LA LIBERTAD

Fué don Abdón Cifuentes uno de aquellos conservadores que, junto con introducir la religión en la política, ensalzó las virtudes de la libertad. Hasta el día de hoy este concepto desempeña un papel fundamental en el partido conservador.

Tal vez no hay documento más sugestivo para conocer su génesis, que el libro del señor Cifuentes.

Spengler dice de la libertad que es un concepto esencial-

mente negativo. No constituye un valor en sí, pues sólo se puede ser libre «de algo». Y, en efecto, mientras teníamos en Chile un Gobierno conservador, el partido de este nombre no tenía interés alguno por la libertad. Solamente los liberales y más tarde los radicales se consideraban libertarios. La situación cambió cuando llegamos a tener Gobiernos liberales y radicales, y los conservadores pasaron a la oposición. Desde ese momento en adelante, los conservadores descubrieron repentinamente su afición por la libertad. Precisamente, en la época de los últimos Presidentes a que me he referido en los párrafos precedentes, se produjo este cambio de posiciones. «Dios y libertad», he ahí el lema del señor Cifuentes y de su partido; y para ellos los liberales y radicales, por el hecho de estar en el poder, se transforman en perfectos tiranos y liberticidas. Basta considerar la situación actual del partido conservador, que durante los últimos años ha vuelto a ser el eje del Gobierno, para comprender la relatividad de su concepto de la libertad: tan pronto llega a la Moneda, solicita facultades extraordinarias y deroga las libertades públicas.

Este aspecto utilitarista o acomodaticio de la libertad tiene su origen en diversas circunstancias. Don Abdón Cifuentes se ocupa principalmente de la libertad electoral (que trataremos en párrafo aparte), la libertad de enseñanza a favor de las escuelas católicas y la libertad para el desarrollo de la Iglesia. A esto hay que agregar la libertad económica que exigía el capitalismo en auge, que deseaba librarse de todo tutelaje y dominar al Estado para sus fines.

Dadas las condiciones especiales en que se encontraba en aquel tiempo el partido conservador, el concepto de libertad fué revestido de facultades románticas. Don Abdón Cifuentes es, en efecto, un verdadero romántico de la libertad.

Vale la pena insistir en este punto, demostrando cómo se formó el concepto y qué cualidades se le atribuían.

Desde luego, es preciso establecer que no se trata de un pro-

ducto criollo, sino de algo importado. El gran modelo que se procuraba imitar lo constituían los Estados Unidos. En los capítulos sobre sus viajes en aquel país, el señor Cifuentes se ocupa extensamente de las románticas cualidades que atribuye a la libertad.

Oigamos lo que cree haber observado en Estados Unidos:

«La libertad, cuando está santificada por la religión, hace milagros que el antiguo mundo con sus prejuicios jamás verá... Los edificios consagrados al culto están libres de impuesto... Las líneas de ferrocarriles conceden a los sacerdotes o pastores una rebaja de la mitad del pasaje... La religión se asocia a los actos solemnes de los más altos poderes públicos... En todos los hoteles en que alojé, siempre encontraba sobre el velador una Biblia... El yanqui lleva dos libros en su faltriquera: los Evangelios y la Constitución del Estado... El pueblo americano tiene en alto grado la virtud del trabajo. La máxima del capitán John Smith, jefe de la primera colonia inglesa, fundada en 1609, de que «el que no quisiese trabajar no debía comer», ha llegado a ser la máxima fundamental de este pueblo... Apenas el niño sale de las escuelas superiores, cuando ya los padres lo lanzan a la industria a que gane la vida por su cuenta y riesgo, lo que les da desde muy temprano los hábitos de trabajo, la conciencia de su propia responsabilidad y otra cualidad inestimable: la iniciativa individual.

«El yanqui ordinariamente no se engríe con la riqueza, ni la pobreza lo abate... Esta iniciativa individual es una de las cualidades principales que ha dado a este pueblo una prosperidad material tan asombrosa.

«De esta iniciativa ha nacido también el espíritu de empresa que es otro de los distintivos más característicos del pueblo yanqui... Una vez sentida la necesidad o conveniencia de una obra, la acomete, por arriesgada o gigantesca que sea, ... sin decir, como es costumbre en otros pueblos y especialmente en los hispanoamericanos: ¿Por qué no lo hace el Gobierno?

«Otro de los resortes poderosos de que se ha valido este pueblo para realizar sus prodigios materiales (tómese nota de que el señor Cifuentes critica al señor Balmaceda por sus adelantos materiales) es el espíritu de asociación.

«Sin embargo, más que a su territorio, ese país debe su afortunada paz y prosperidad a sus instituciones. Es el espíritu de libertad, que encuentra en el yanqui en todas las esferas de su actividad social, el que lo educa desde que nace, en una escuela que le permite desarrollar toda su fuerza y toda la energía de su iniciativa individual.

«En su autonomía municipal es donde encuentra su primera escuela de Gobierno y su primera educación política. En la administración independiente y soberana de sus pequeños intereses locales, es donde el ciudadano se inicia en el manejo de los negocios públicos y aprende a interesarse por los intereses generales del país... Por eso se ha dicho con verdad que la Comuna Autónoma es para la libertad lo que la escuela primaria es para la ciencia... De ahí nace la descentralización administrativa que da movimiento y actividad a todas las fuerzas vivas de la nación.

«Muchas otras reflexiones importantes me sugirió el espectáculo de las instituciones de los Estados Unidos, que fueron para mí de utilísima enseñanza».

Su romanticismo libertario llega incluso al extremo de entusiasmarse por la competencia de los credos: «La rivalidad y la competencia entre las diversas comuniones despiertan la emulación y el celo de los creyentes en favor de los sentimientos religiosos»,—sostiene;—una teoría que no deja de ser extravagante en un católico.

Los párrafos que preceden constituyen la justificación de la doctrina sobre la libertad del partido conservador. Según ella, bastaba con imitar el ejemplo de Estados Unidos para que Chile iniciara un desarrollo similar. Y a eso se dedicó el partido conservador.

¡Y pensar, ahora, medio siglo después de la revolución del 91, que prometió todo eso, que los mismos prohombres del partido conservador, con toda la libertad de que disfrutaron, no fueron capaces de conservar al país las riquezas que en aquel entonces estaban en sus manos, para transformarse, precisamente, en lacayos del capital anglosajón! ¡Cuánta razón tenía su gran enemigo, el Presidente Balmaceda, cuando patrocinó la colectivización de la industria salitrera!

Por lo demás, el señor Cifuentes coloca al lado de su apreciación entusiasta de Estados Unidos, el juicio del Secretario de nuestra Legación en aquel país, don Alejandro Carrasco Albano, quien llega a conclusiones harto diferentes.

Después de referirse a la inmigración, que llevaba a Estados Unidos lo peor de la vieja Europa, le dice el señor Carrasco que esos inmigrantes le han inoculado al país «sus vicios, hábitos de embriaguez y degradación de costumbres, tarea tanto más fácil, cuanto que las oportunidades que aquí se ofrecen para improvisar grandes fortunas y para abrirse paso en la carrera pública, elevan a estas gentes a un rango social desde donde pueden contagiario y prostituirlo todo... El aborto no se limita a la clase baja; lo emplean personas de primer rango, y hablan de ello como de la cosa más natural del mundo... El materialismo parece haber penetrado en esta sociedad por todos sus poros... El matrimonio ha degenerado en un concubinato irrisorio que se disuelve sin que una de las partes sepa que ya el marido o la mujer se ha casado con otro... No hay aquí hogar fijo, sino para unos cuantos millonarios, se cría a los hijos lejos de sus madres, y el noventa y cuatro por ciento de esta población vive en boarding-houses... Aquí las señoritas reciben a solas a sus amigos; cada una carga su llave para entrar a la pensión a las horas de la noche que se les antoja... El jefe de la policía de Nueva York me ha asegurado que una buena parte de las niñas que asisten a las escuelas superiores se pasan a las innumerables casas de prostitución... El abuso

de los licores espirituosos se extiende a hombres, mujeres y niños... La política ha degenerado como ciencia y como arte. La ciencia constitucional... va quedando sepultada en el olvido en obsequio a teorías que... tienden a destruir los derechos de los Estados y el equilibrio de los poderes generales, arrebatando al Ejecutivo toda independencia... Los diputados se venden con tal escándalo, que el comprarlos es ya un negocio establecido. Llámense «lobbyest» los agentes a quienes el particular va a ver en sus oficinas establecidas con regularidad, cuando tiene algún asunto en la Cámara y quiere interponer el dinero para conseguir su objeto».

En una palabra: la descripción de Estados Unidos por el señor Carrasco se asemeja a un pronóstico de lo que llegó a ser Chile después de la revolución del 91. La imitación del ejemplo extranjero no correspondió a la idea romántica del señor Cifuentes, sino que a la realidad que le pintó el señor Carrasco.

REFORMA ELECTORAL Y COMUNA AUTONOMA

Otro de los ejemplos que demuestran admirablemente el fondo utilitarista y egoísta de la política del partido conservador, lo constituye su empeño para conseguir una reforma electoral y establecer la comuna autónoma. Citamos simultáneamente ambos objetivos, porque ellos persiguían una misma finalidad, como luego se verá.

Hasta el Gobierno de don Manuel Montt las elecciones eran efectuadas según órdenes impartidas por el propio Gobierno. El Gobierno proponía al sucesor en la Presidencia y a los miembros del Congreso, y el país aprobaba la proposición oficial. Las elecciones eran, pues, una especie de plebiscito. Para que funcionara este régimen era preciso que hubiera una unidad de pueblo y Estado. Tal unidad fué destruída por el auge de la plutocracia, que no estaba dispuesta a someterse al Gobierno y menos a las conveniencias del país. Las disenciones comen-

zaron cuando el partido conservador pasó a la oposición. Desde entonces, los Gobiernos recurrieron a toda clase de argucias y fraudes para impedir la anarquización del país por los latifundistas y grandes capitalistas.

Don Abdón Cifuentes se refiere ampliamente a estos procedimientos.

«Según la ley electoral (que regía en 1871)—escribe—los ciudadanos se calificaban en la primera quincena de noviembre, y no sólo quedaban inscritos en el registro electoral, sino que se les daba una papeleta firmada por él y por los vocales de la mesa calificadora. El ciudadano, para sufragar después en las elecciones, tenía que presentar su papeleta. Los partidos acostumbraban comprar estas papeletas para hacer votar con ellas a otras personas, que aprendían a imitar la firma del calificado».

A fin de contrarrestar la influencia adquirida por los partidos mediante esta compra de votos, el Gobierno hacía inscribirse también a los policías, cuyas papeletas se entregaban al Presidente de la República.

El partido conservador, empeñado en restar influencia al Ejecutivo, agitó una reforma electoral en 1873, aprobada el año siguiente. De acuerdo con el interés plutocrático, las inscripciones fueron suprimidas en los municipios (designados por el Gobierno) y encomendadas a los mayores contribuyentes. Además, se estableció el voto acumulativo para las elecciones de diputados. La introducción del voto acumulativo, que daba a cada elector varios votos, según el número de diputados por elegir, favorecía a los partidos de minoría, pues les permitía acumular mayores fuerzas. Por supuesto, tal voto fué establecido en beneficio del partido conservador, que estaba en la oposición y era de minoría.

Aun así, el Ejecutivo supo defenderse. Vamos, por ejemplo, una elección bajo la Presidencia del señor Santa María, descrita por el señor Cifuentes:

«Santa María comenzó a dar licencia a los jueces que no

le inspiraban confianza y a nombrar a interinos de su devoción para que falseasen las listas de mayores contribuyentes... La policía organizó en todas partes turbas de garroteros para impedir que los opositores se acercasen a las mesas calificadoras... Los plagios y prisiones de los mayores contribuyentes conservadores han quedado legendarios... En los departamentos donde Santa María creía dudar del éxito, acudió al expediente de hacer robar los registros electorales... Cuando se constituyó la Cámara, se habían dejado sin elegir 20 diputados, cosa nunca vista en Chile». Finalmente, se procedía también a asaltar sencillamente las mesas donde triunfaban los opositores, y a menudo se falsificaban totalmente los escrutinios. En fin, el Gobierno usaba en aquella época procedimientos muy semejantes a los que aplican hoy en día los conservadores en muchas circunscripciones rurales.

Fué necesario, pues, idear otros sistemas para que el partido conservador, con la fuerza de su dinero, destruyera los poderes públicos.

El indicado para conseguir esta reforma era don Manuel José Irarrázabal. Para lograrlo, consideró indispensable propiciar la creación de la comuna autónoma. Ya hemos conocido las maravillosas cualidades que le atribuye don Abdón Cifuentes, al referirse al modelo norteamericano. Pero tales cualidades—señaladas de buena fe, con absoluta ingenuidad por nuestro autor—no podían convencer a una persona medianamente conocedora de nuestra realidad política.

Quitándole al Ejecutivo toda ingerencia en la designación de los regidores, estaba a la vista que la influencia de los latifundistas conservadores iba a ser decisiva en la mayor parte del país. Una vez conquistada por ellos la comuna, cabía encomendarle a ella la formación de los registros electorales y la realización de las elecciones. De esta manera, el partido iba a ganar indefectiblemente las contiendas electorales e imponerle su voluntad al Gobierno, conquistándolo también.

Resulta así, pues, que la comuna autónoma fué introducida en Chile por conveniencias electorales del partido conservador.

Para preparar estas dos reformas, don Manuel José Irrázabal realizó extensos viajes por el extranjero. Especialmente le impresionó—al decir de don Abdón Cifuentes—el sistema de Estados Unidos. Lo raro es que no haya observado que en aquella nación se practica un cohecho electoral al menos igual al que se usa en Chile.

Junto con estas reformas, los conservadores propiciaban también la destrucción del cuerpo de policía que en aquella época dependía del Ejecutivo. Lógicamente, si los latifundistas dominaban en los municipios, anhelaban tener también el comando de la policía. Era la manera más práctica para debilitar al Ejecutivo.

Todo esto lo consiguieron. La ley electoral fué promulgada el 30 de mayo de 1890, y la comuna autónoma, con policías comunales, fué creada después de la caída de Balmaceda. Con justa razón, el gran Presidente se negó a aceptar este «progreso», que muy pronto transformó a todos los municipios de la República, salvo contadísimas excepciones, en una fuente inagotable de latrocinios y de desgobierno elevado a la categoría de sistema de Gobierno.

El propio don Abdón Cifuentes reconoce parcialmente el nefasto resultado de estas reformas:

«En las elecciones del 96—escribe—nuestros adversarios resucitaron muchas de las antiguas plagas de que antes habían adolecido nuestras elecciones: los fraudes, los asaltos, los asesinatos, etc.».

Si hubiera tenido algún sentido de las realidades económico-sociales, habría tenido que constatar que para el partido conservador todo el régimen político se transformó lentamente en un asunto netamente capitalista. Con la ayuda de una fuerte caja electoral mantiene una influencia totalmente desvinculada

del sentir del país, y hoy en día la compra de votos falsea la opinión pública en el mismo sentido que antes los fraudes, salteos y asesinatos electorales.

Pero en el libro del señor Cifuentes no hay el más leve indicio de una comprensión de estas realidades. No percibió él como, poco a poco, su partido fué dominado por los intereses materiales, y como así se comenzó a falsear el sentido de la doctrina católica, la que finalmente llegó a constituir un mero pretexto para justificar el espíritu de lucro sin límites que predomina dentro del partido, haciéndole precisamente el mayor daño a la causa de la religión, tan defendida por nuestro autor. Para don Abdón Cifuentes, hasta el último día de su vida el partido conservador siguió siendo el baluarte del catolicismo.

REFORMAS EN LA EDUCACION

Pero no deseamos terminar nuestro análisis de las «Memorias» del señor Cifuentes con una nota discordante.

Si bien el prólogo a su obra, escrito por don Rafael Luis Gumucio, es un insulto al buen sentido, porque quien lo redactó conoce a ciencia cierta la realidad de su partido y sabe que engaña al público con lo que dice, el buen caballero «con cerebro de hombre y corazón de mujer» que fué don Abdón Cifuentes, tenía otras cualidades que conviene destacar.

Ya nos ocupamos de su infatigable labor en beneficio de la causa católica. Además de ella, su libro contiene numerosos testimonios de sus preocupaciones por la educación pública.

Con palabras conmovedoras describe su ideal de la familia.

«Ya no existe la antigua autoridad paterna tan rígida y severa—escribe,—tan bien retratada en un provinciano de cuño antiguo que conocí, y que por toda despedida al hijo que después de vacaciones volvía al colegio de Santiago, le decía: «Habla poco, ríe menos, no llores nunca».

«El padre revestía de lo augusto de la autoridad, la ma-

dre de lo dulce de la ternura... Esta educación formaba generaciones robustas, caracteres enérgicos, almas vigorosas y robustecía el austero sentimiento del deber».

Cuando ocupó el cargo de Ministro de Educación, se empeñó por mejorar la instrucción pública en todo sentido.

En 1871 había 54,821 alumnos matriculados en las escuelas públicas, con 890 preceptores. En las escuelas particulares había 18,310 alumnos matriculados. Funcionaban 706 escuelas públicas y 451 particulares.

Los preceptores ganaban en su generalidad un sueldo de treinta pesos mensuales, «menos de lo que ganaba un obrero en cualquier oficio». Don Abdón Cifuentes aumentó los sueldos, concediendo un aumento de una cuarentava parte del sueldo después de seis años de servicio.

Construyó numerosos locales para las escuelas primarias fiscales, solicitando y consiguiendo al respecto la ayuda de los particulares. De esta manera creó 56 nuevas escuelas.

Hizo funcionar en el campo escuelas alternadas en un mismo local, las que impartían tres horas de clase en la mañana y tres en la tarde, para cada sexo separadamente.

Imitando el ejemplo de Estados Unidos, se empeñó por dar ocupación a la mujer, tanto en la educación como en las oficinas de correos y telégrafos, creando una escuela de telegrafistas. Con el mismo objeto creó un Curso de Obstetricia en la Escuela de Medicina.

Se dió cuenta de la inmensa importancia que corresponde a la escuela para divulgar principios de higiene. Cedámosle la palabra: «En virtud de estudios que yo había hecho sobre la alarmante mortalidad de Santiago, uno de mis primeros actos como Ministro fué convocar a los miembros de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad, a fin de que me ayudasen a tomar las medidas que les aconsejase su experiencia. Les manifesté que en mi concepto una de las causas de nuestra mortalidad era la ignorancia absoluta de nuestro pue-

blo de los principios más elementales de la higiene, cuyo conocimiento lo creía mucho más importante que la gramática y la geografía... Los doctores me pidieron que pusiese como texto obligatorio de lectura en todas las escuelas algún compendio de higiene, recomendándome al efecto el texto de Tesserau, y que fuera también uno de los ramos de la enseñanza en los liceos... Se hicieron imprimir 40,000 ejemplares del texto de Tesserau... y en el nuevo plan de estudios que elaboré para los liceos, introduje también la higiene como ramo obligatorio de estudio».

Creó en la sección Bellas Artes un curso de arquitectura, el primero que funcionó en Chile. Agregó también una clase de escultura en el mismo instituto.

Pero muy principalmente se preocupó de la enseñanza industrial y de las ciencias de aplicación práctica.

«Había mortificado siempre mi patriotismo el hecho de la falta casi total de industrias en nuestro país—apunta—. Ibamos a comprar al extranjero hasta la tinta con que escribíamos, hasta los fósforos para encender un cigarro, hasta los cohetes con que juegan los niños... Notaba yo que teníamos montañas de azufre en nuestras cordilleras y, sin embargo, mandábamos comprar a Europa el azufre que necesitan nuestras viñas... Ya que la naturaleza nos ha negado las vastas comarcas de nuestros vecinos y nos ha encerrado entre dos grandes cordilleras, todo nos está indicando que debemos ser por esencia un pueblo industrial».

Sin embargo, agrega, «la instrucción de nuestros liceos y aun la enseñanza universitaria se resentía profundamente del exclusivo predominio de la teoría y del olvido casi completo de la práctica».

De ahí la necesidad de fomentar la enseñanza industrial en los liceos. Comenzó creando cursos de química.

Pero tales preocupaciones por la educación pública se

limitaron a los años en que el señor Cifuentes atendió el Ministerio de Instrucción.

Más tarde, todo su empeño estaba dedicado a la educación en las escuelas católicas. Nos referimos a la fundación de tres liceos católicos y a su cooperación en una escuela gratuita para niños pobres.

Posteriormente, cuando el nuevo Arzobispo de Santiago, señor Casanova, se pronunció en contra de la continuación de la «Unión Católica», los dirigentes de esta institución discutieron acerca del «entierro» que cabía darle. Algunos opinaban que convenía suspenderla silenciosamente, pero la mayoría acordó darle un «entierro de primera clase». En efecto, don Abdón Cifuentes se puso en campaña y reunió los fondos necesarios para crear la Universidad Católica, en la que atendió la cátedra de Derecho Constitucional.

De acuerdo con los principios en que se inspiraba, la libertad de enseñanza era uno de los ideales que perseguía con mayor insistencia. Extensamente se refiere a este problema, cuya solución lo preocupó desde que fué Ministro hasta los últimos años de sus actividades públicas.

Primero combatió el monopolio de exámenes que sustentaba el Instituto Nacional, logrando que los exámenes se rindieran en la Universidad de Chile. Cuando en esta Universidad se impuso la tendencia radical, trató de quitarle el monopolio y traspasarlo a la Superintendencia de Educación. La ley respectiva fué aprobada, pero su reglamento no ha sido dictado hasta el día de hoy.

Finalmente, presentó un proyecto de ley que estableció la más absoluta libertad de enseñanza, reservándole a la Universidad de Chile únicamente la concesión de grados universitarios. El proyecto figuró durante muchos años en la tabla del Congreso, pero no fué despachado jamás.

Este breve análisis de las «Memorias» de don Abdón Cifuentes no pretende agotar de manera alguna los numerosos problemas tratados en ellas. Su objeto no es otro que el de inducir al lector a recurrir al texto, para enterarse personalmente de que se trata de una de las colaboraciones más interesantes a la historia de nuestro país en el período anterior y posterior a la revolución del 91, o sea, en la época de la gran crisis que estalló en aquel año.

Para sacar provecho de esta obra es preciso leerla con criterio crítico.

Considerado bajo un punto de vista histórico, don Abdón Cifuentes, con toda la buena fe que sería inútil discutirle, fué el principal propulsor de la mezcolanza de la religión y la política en nuestro país.

Creyó con ello hacerle el mayor beneficio a la causa de la religión, y le hizo el mayor daño. Se dejó arrastrar a la política, siendo esencialmente apolítico. Vió romanticismos donde se encubría un atroz egoísmo. Interpretaba los hechos con una ingenuidad casi infantil, contribuyendo así a la mistificación de la opinión pública, que tan hábilmente ha sabido continuar hasta el día de hoy su partido.

Desde este punto de vista, se encubre una verdadera tragedia en la obra de este hombre. Una tragedia, en cuyo centro él mismo se encontraba, pero de la que no llegó a darse cuenta jamás.

Un ángel protector parece haberle ocultado durante toda su vida las miserias humanas que explotaban el alma de niño que había en él.